

El fantasma de la representación política

Nicolás Lynch

Los escándalos producidos en el Congreso en los últimos días y el escándalo crónico en el que vive el Poder Ejecutivo no hacen sino confirmarnos la grave crisis de representación política que vive el Perú. Los ciudadanos no se sienten representados en quienes toman por ellos las decisiones y ello ocurre, como hemos visto con este gobierno, incluso poco tiempo después de que son elegidos los gobernantes.

Esta crisis no es nueva, ha marcado nuestra historia republicana y se ha agudizado con la dictadura de la década pasada que hizo más profunda la desconfianza entre gobernantes y gobernados. La situación, sin embargo, se torna más grave todavía con la vuelta a la democracia porque el gobierno elegido el año 2001 es incapaz de liderar la transición llevando a una profunda frustración a la población con este régimen político. Esta frustración explica las crecientes simpatías autoritarias en importantes sectores de la ciudadanía que confunden mano dura con buen gobierno.

La reacción de la población suele ser de rechazo a la política por considerar a esta, muchas veces con razón, como una actividad delictiva. Esta actitud es acompañada por buena parte de los medios de comunicación que canalizan este rechazo y muchas veces lo promueven por la vía del escándalo. Un buen ejemplo es el maltrato que ha sufrido la propuesta de la bicameralidad. Casi toda la prensa la ha tratado como un intento de los congresistas por multiplicar oportunidades para volver al Parlamento. Muy pocos han resaltado que en casi todas las democracias desarrolladas existen dos cámaras precisamente porque ellas representan mejor que una a los ciudadanos y suponen, asimismo, mayores sistemas de control para la ciudadanía.

Sin embargo, nos encontramos no sólo ante la necesidad sino ante la urgencia de solucionar esta crisis de representación para que nuestra democracia sea posible. ¿Qué aparece hoy ante nuestros ojos? La vuelta al autoritarismo, como plantean soterradamente algunos, o una democracia débil de la que se aprovechan los poderosos para avanzar sus intereses, como ocurre con la actual. Ninguna de las dos es salida para dar solución a la crisis de representación.

Hay necesidad de una profunda reforma política que debe expresarse en la reforma constitucional que exigen amplios sectores de la ciudadanía. El rechazo a la propuesta de Asamblea Constituyente y el maltrato a las conclusiones del Acuerdo Nacional sobre el punto, son una muestra del desprecio que le merecen a la actual élite política con expresión oficial el reclamo ciudadano por solucionar la crisis de representación. Es más, esta democracia limitada y precaria parece convertirse en el proyecto político de una derecha recalcitrante que busca su futuro en una alianza con la mafia fujimorista, para terminar de arrasar con los derechos sociales de los peruanos y convertir al país en un paraje de botín para los aventureros de turno.

Hay que convertir el rechazo a la política, los políticos y la actual institucionalidad en una propuesta nueva que devuelva la confianza a la ciudadanía y le de esperanzas en que a través del ejercicio consciente de la participación se pueden cambiar las cosas. En esta línea los medios tienen un papel crucial que jugar. Si además de la denuncia de la corrupción y el aprovechamiento de los recursos públicos se

promueve el debate y la presentación de propuestas que traten de acercar ciudadanos con representantes, algo habremos avanzado.